

Algunas propuestas de actuación ante la crisis de la institución matrimonial

Dra. Maria Lacalle Noriega

Publicado en la revista *Sacerdos*, nº 58, agosto 2005

La institución matrimonial está sumida en una profunda crisis cuyas causas se pueden encontrar en el rechazo de Dios y de la razón humana propios de la postmodernidad. Si no hay Dios y se desestima la razón para conocer la verdad se elimina todo fundamento sobre el que asentar algo como seguro e incommovible, y sólo quedan los sentimientos y los instintos como instancias de conducta. No se puede hablar de ideas, principios, verdades ni valores. Sólo se puede hablar de conveniencia, utilidad, provecho y placer. El resultado de todo esto es que el hombre y la mujer postmodernos no conocen la verdad, tienen una personalidad débil o “light” que les incapacita para amar, y construyen su vida de espaldas a Dios. Todo esto tiene efectos, muchas veces catastróficos, que se dejan sentir en todos los ámbitos de la existencia de las personas. En primer lugar y muy especialmente en la familia.

Para lograr la regeneración y el fortalecimiento de la institución matrimonial es preciso combatir la crisis desde la raíz, proporcionando a los jóvenes una formación integral, enseñándoles a vivir su noviazgo con auténtico amor y a poner a Dios en el centro de sus vidas.

1. Formación integral

Lo primero que hay que plantearse es una actuación en el campo de la educación, recordando siempre dos verdades fundamentales: que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor; y que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo¹. Hay que educar en la verdad, en valores, en el amor. Hay que conseguir que el hombre y la mujer de hoy conozcan la verdad para que sean libres y puedan amar verdaderamente y alcanzar, por ese camino, la felicidad.

1.1. La formación en la verdad

Ante el pensamiento débil propio del hombre postmoderno es urgente una educación sólida, que le enseñe a pensar con lógica, a descubrir las exigencias de la naturaleza humana (y la noción misma de naturaleza), y a comprender la verdad del ser humano. Sólo así podrá aprehender el ser y las exigencias del matrimonio.

Sabemos que el ser humano sólo se puede realizar plenamente desde la fidelidad a las exigencias de su propia naturaleza, por lo que no hay que separarse nunca de la verdad a pesar de todas las dificultades que se puedan presentar. No se puede eludir la obligación de llamar al bien y al mal por su nombre. En realidad, la crisis más peligrosa

¹ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n. 16.

que puede afligir al hombre es la confusión entre el bien y el mal que hace imposible construir y conservar el orden moral².

Por tanto, hay que formar adecuadamente las conciencias, de manera que los cristianos puedan situarse críticamente ante la sociedad, siendo capaces de discernir el bien del mal. Esto, que siempre ha sido necesario, en la sociedad actual tiene una importancia inmensa debido a la velocidad con la que se producen tanto los cambios culturales y sociales, como los “avances” científicos y técnicos. Y también porque abundan los mensajes seductores y falaces que apartan del camino de la verdad.

Para que esta labor de formación sea eficaz es preciso que entre los católicos, especialmente entre los que desempeñan un papel de guías, como los sacerdotes, profesores de religión y catequistas, exista una unidad de criterio y de acción acerca de aquellos valores objetivos claramente señalados como permanentes por el magisterio auténtico de la Iglesia. Las normas que ésta ha propuesto como obligatorias deben ser fielmente enseñadas y aplicadas³. Esto es fundamental para evitar el desconcierto reinante entre los propios católicos, especialmente en materia de moral sexual.

El proceso del amor se apoya sobre la verdad y sobre la libertad. Cuando la libertad queda desvinculada de la verdad el hombre se adentra en las arenas movedizas del relativismo, donde todo es pactable, todo es negociable⁴. Sólo si el hombre descubre la verdad podrá superar el relativismo y el subjetivismo imperantes en nuestra sociedad, que son la causa de muchos de los peligros que acechan al matrimonio.

1.2. La formación en valores

La formación no puede centrarse únicamente en los conocimientos y en las nociones teóricas. Es preciso incidir también en los valores⁵.

El hombre de hoy es un hombre “light”, blando, pusilánime, incapaz de superar grandes dificultades. Porque no cree en grandes valores. Si se considera al ser humano como pura biología, si no hay nada más allá, si todo se acaba con la muerte, si no hay un Dios que nos pida cuentas, entonces, ¿para qué esforzarse? En ese caso, como decía san Pablo, “comamos y bebamos que mañana moriremos” (1 Cor 15).

Hay que ayudar a los hombres y mujeres de hoy a reconocer que son algo más que un conjunto de elementos químicos, que son personas, que tienen una dignidad y un valor y que son portadoras de valores.

Es preciso formar en la generosidad, en la fortaleza, en la valentía. La voluntad débil del hombre postmoderno duda de la posibilidad real de entregarse totalmente creando un vínculo fiel, fecundo e indisoluble. Desde el pesimismo antropológico esto aparece como un ideal inalcanzable, o, más bien, como algo muy bonito pero reservado a ciertas personas. Sin embargo, es posible. Y es lo mejor.

² Idem., *Veritatis splendor*, n. 93.

³ Cfr. Idem., *Familiaris consortio*, n. 34; Ver también CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral *La verdad os hará libres*, n. 55.

⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor* nn. 4 y 20.

⁵ Cfr. SCOLA, Angelo, *Hombre-mujer. El misterio nupcial*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 228 y ss.

1.3. La educación en el amor

Es necesaria también una formación en las virtudes morales⁶. Y la primera de esas virtudes es el amor. El que es incapaz de amar es incapaz para el matrimonio, porque, en su esencia más profunda, el matrimonio es una negación del egoísmo humano. Desde el egoísmo es imposible que el matrimonio funcione. Sólo si se supera se puede crear una auténtica comunidad de vida y de amor. Por eso es urgente capacitar al hombre y a la mujer de hoy para amar de verdad.

Para educar en el amor hay que formar la voluntad y el carácter. El amor no es una cosa hecha y terminada que se ofrece al hombre o a la mujer. El amor se ha de ir elaborando, construyendo. Requiere entrega, sacrificio, negación de uno mismo. Esto no se puede conseguir desde la debilidad de la voluntad y la fragilidad del sentimiento.

En muchas ocasiones, la debilidad del amor con que los novios contraen matrimonio está en que no han sido capaces de integrar su amor, unificándolo, ordenándolo en la virtud del amor. Un amor disgregado, disperso, que se dirige no a la persona amada sino a sus valores sexuales o a sus cualidades, o a una imagen idealizada, nunca será un amor fuerte, sólido, capaz de superar todas las dificultades.

Otro problema es que, con demasiada frecuencia, lo que buscan los cónyuges es simplemente el placer o el provecho. Entonces el hombre y la mujer permanecerán unidos únicamente mientras sean, el uno para el otro, la fuente de tal placer o de tal provecho⁷. En cuanto dejen de serlo, la razón de su “amor” desaparecerá.

El amor no consiste en un simple juego de sentimientos, afectos y goce sexual. El hombre es una unidad, y el puesto de mando le corresponde al alma espiritual, dotada de inteligencia y voluntad, y capaz normalmente de gobernar todas las energías y dinanismos del ser humano. Junto a muchas miserias, hay una grandeza natural en la persona humana que la hace capaz de “forzar” la voluntad para seguir amando a pesar de todo lo que pueda ocurrir.

Esta concepción del amor como acto de la voluntad que elige y decide dedicar toda la vida, todas las energías e ilusiones a otra persona, pase lo que pase, no es muy popular en nuestros días. Pero hay que lograr eliminar de la mentalidad del hombre y la mujer de hoy la imagen tan pobre que tienen del ser humano, haciéndoles ver que son capaces de amar de verdad. “La formación en el amor verdadero es la mejor preparación para el matrimonio”⁸.

1.4. La educación sexual

También es necesario ofrecer “una positiva y prudente educación sexual”⁹. Hay que educar en la sexualidad de una forma clara, pedagógica y dialogante. Pero lo más importante es educar en la sexualidad desde una perspectiva personalista, subordinando

⁶ Cfr. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, n. 64.

⁷ Cfr. WOJTYLA, Karol, *Amor y responsabilidad*, Razón y fe, Madrid 1978 (6ª ed), p. 92.

⁸ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana, verdad y significado*, n. 27.

⁹ CONCILIO VATICANO II, *Gravissimum educationis*, n. 1.

los problemas del cuerpo y del sexo al amor entre el hombre y la mujer y al orden que debe reinar en el mundo de las personas¹⁰. La educación sexual no puede identificarse con la sexología, que aborda la sexualidad únicamente desde el punto de vista bio-psicológico. Lo que dice la sexología “pura” puede ser verdadero, pero siempre será incompleto.

La educación sexual debe incluir la educación para la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el significado esponsal del cuerpo¹¹. La castidad es aquella “energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena”¹². Es la afirmación gozosa de quien sabe vivir el don de sí, libre de toda esclavitud egoísta¹³. No puede haber donación allí donde no hay dominio de sí. Para entregarse hay que ser dueño de uno mismo, hay que ser capaz de integrar las pulsiones y los dinamismos instintivos en el amor a la persona. El aprendizaje de la virtud de la castidad es el cauce para el amor verdaderamente humano.

2. La importancia del noviazgo

El noviazgo no es un tiempo estéril de espera. Al contrario, tiene un sentido importantísimo. Es el tiempo en el que los novios se van conociendo a sí mismos y a la otra persona, y comprueban si realmente su amor es verdadero y se dirige hacia la otra persona en su totalidad, si existe la reciprocidad en el amor, si están los dos dispuestos a compartirlo todo y si no hay ningún problema físico, psíquico o de cualquier otro tipo que impida el matrimonio. Además, los futuros esposos deben conocer el significado profundo del matrimonio.

Los novios deben ser muy conscientes de la vital importancia que tiene la elección de la persona con la que quieren compartir su vida, pues de ello depende en gran parte que el futuro matrimonio sea feliz o no. A veces toman la decisión de contraer matrimonio sin haber reflexionado seriamente sobre su amor. Es preciso “verificar” el amor antes de declararlo a la persona amada, y sobre todo, antes de reconocer ese amor como la propia vocación y de comenzar a construir la vida sobre él. Deben averiguar sobre qué descansa realmente ese amor recíproco, y esto sólo se puede lograr mediante la reflexión seria y serena. Los novios deben evitar a toda costa ser arrastrados por la pasión, dejando que los valores sexuales de la otra persona ofusquen la razón o que la imagen idealizada de la persona amada nuble la vista de tal manera que no puedan verla a ella tal como es realmente¹⁴.

Aquí surgen con frecuencia muchos problemas. Hay veces que los sentimientos que surgen espontáneamente hacia una persona impiden verla tal como es en realidad. El *atractivo* y el hecho de sentirse a gusto en su compañía pueden hacer que se llegue a percibir en ella determinados valores que realmente no tiene. Y es que a veces resulta difícil separar las sensaciones que produce una persona de la persona misma. Incluso, en ocasiones, el valor del sentimiento reemplaza en cierta medida al de la persona. Se

¹⁰ Cfr. WOJTYLA, Karol, *Amor y responsabilidad*, p. 302.

¹¹ Cfr. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, n. 37.

¹² *Ibid.*, n. 33.

¹³ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado*, n 17.

¹⁴ Cfr. WOJTYLA, Karol, *Amor y responsabilidad*, pp. 80 y ss.; 93 y ss.; 142 y ss.

produce así un “espejismo”, que resulta tanto más peligroso para el amor cuanto más alejado esté de la realidad.

La vida confirma el valor de la elección correcta cuando la sensualidad y la afectividad flaquean y los valores sexuales dejan de actuar. Ya no queda más que el valor de la persona, y aparece la verdad interna del amor. Si ha sido una verdadera entrega recíproca, el amor no solamente se mantendrá, sino que se irá haciendo cada vez más fuerte y arraigado. Si no ha sido más que una sincronización de sensualidades y emotividades acabará perdiendo su razón de ser y los cónyuges se encontrarán de repente en el vacío.

Hay que enseñar a los jóvenes a vivir su noviazgo con toda la seriedad que requiere. Tratando de verdad de conocerse a fondo. Comprobando si sus aspiraciones y proyectos coinciden o si son incompatibles. Descubriendo la madurez de su amor. El hombre y la mujer cuyo amor no ha madurado profundamente, o no está capacitado para madurar y adquirir el carácter de una auténtica unión de personas no deberían casarse, porque no están preparados para afrontar el matrimonio¹⁵.

3. Volver a poner a Dios en el centro

El hombre postmoderno ha rechazado a Dios creyendo que así alcanzaría la libertad. Pero no ha alcanzado ni la libertad ni la felicidad. El rechazo de Dios no conduce a la felicidad, sino al sinsentido y a la desesperación. La falta de referencia a la trascendencia hace que el hombre quede reducido a pura materialidad, finita, fugaz, mortal, sin ideales, sin certezas, sin valores. El materialismo, el hedonismo, el utilitarismo y el relativismo imperantes en la cultura actual no satisfacen a largo plazo a ningún hombre de buena voluntad.

Por eso es urgente la tarea de reevangelización. Hay que intentar transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios¹⁶. Lo que necesitan el hombre y la mujer de hoy es volver a poner a Dios en el centro de sus vidas. Sólo en Dios podrán conocer y responder a las auténticas aspiraciones del ser humano.

El mensaje de Cristo es muy exigente. Está en las antípodas del “pensamiento débil” tan en boga hoy en día. El cristianismo es el pensamiento fuerte por antonomasia, y por eso choca y escandaliza: porque anuncia una verdad objetiva, histórica pero eterna y universal, válida siempre y para todos los hombres: la Verdad, Jesucristo.

Hay quien cree que la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia es imposible de llevar a la práctica hoy día. Muchos piensan que la Iglesia debe “evolucionar”, que se debe adaptar a los tiempos, que debe suavizar sus preceptos. Pero, ¿se pueden rebajar las exigencias que plantea Cristo, aduciendo la debilidad del hombre y de la mujer postmodernos? No, no se puede. Cristo habla a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las generaciones. Cristo habla también a la sociedad de hoy con fuerza

¹⁵ Ibid., p. 242.

¹⁶ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, nn. 19 y 20.

y con exigencia porque quiere defender la plena verdad sobre la persona humana y su dignidad.

La Iglesia no puede renunciar a la enseñanza y el testimonio de la verdad. “Aun manifestando comprensión materna por la no pocas y complejas situaciones de crisis en que se hallan las familias, así como por la fragilidad moral de cada ser humano, la Iglesia está convencida de que debe permanecer absolutamente fiel a la verdad sobre el amor humano”¹⁷. Es solamente a la luz de la verdad como el matrimonio puede llegar a ser una auténtica comunión de personas.

Además, sabemos que Dios no pide imposibles¹⁸. Exige mucho, pues quiere que el hombre sea perfecto. Pero le da su ayuda para que lo pueda conseguir. Por eso cuando los cónyuges viven orientados a Dios son capaces de superar las dificultades que va presentando la vida. Desde el cristianismo se puede vivir una esperanza y una alegría que contrastan radicalmente con el pesimismo antropológico que impera en la actualidad. Porque todo se puede superar con la ayuda de Dios. Cuando el ser humano se deja ayudar, Cristo envía toda la ayuda necesaria por medio de su Espíritu que conduce a la verdad, es fuente de libertad y de amor.

Lo que los esposos se prometen recíprocamente, es decir, “ser siempre fieles en las alegrías y en las penas, y amarse y respetarse todos los días de la vida”, sólo es posible en la dimensión del “amor hermoso”. Y el amor, para que sea realmente “hermoso”, debe ser don de Dios¹⁹. El Espíritu Santo derrama ese amor en el corazón de todos los esposos dispuestos a acogerlo. El amor es la verdadera fuente de unidad y fuerza del matrimonio y de la familia²⁰, y es capaz de superar todos los obstáculos y problemas que puedan surgir.

Jesús, el Buen Pastor, repite: no tengáis miedo. Yo estoy con vosotros. “Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). El Buen Pastor está con los hombres en todas partes, igual que estaba en Caná de Galilea como Esposo entre los esposos que se entregaban recíprocamente para toda la vida. En el corazón de un cristiano no debe haber lugar para la apatía, ni para la cobardía, ni para el pesimismo. Porque Cristo está presente. Por eso el Papa Juan Pablo II se dirige a los esposos cristianos con estas palabras: “¡No tengáis miedo de los riesgos! ¡La fuerza divina es mucho más potente que vuestras dificultades!”²¹.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n. 11.

¹⁸ CONCILIO DE TRENTO ses. 6, c. 11, cfr. COLLANTES, Justo, *La fe de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid 1995 (5ª ed), p. 581.

¹⁹ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n. 20.

²⁰ Idem., *Familiaris consortio*, n. 20.

²¹ Idem., *Carta a las familias*, n. 18.